

legiones. A su llegada todos los fieles se refugiaron en la iglesia, resueltos á defenderse ó á morir allí dentro. Prendieron fuego los soldados al edificio y no salvó la vida un sólo cristiano.

También se les acusó entonces de algunas rebeliones en Siria y en los confines de Armenia. En ello encontró Diocleciano un motivo para agravar cada vez más el rigor de sus preceptos manifestando le intencion de abolir el nombre cristiano. Recibieron orden los gobernadores de las provincias de prender á todos los eclesiásticos; los jueces de acreditar la mayor severidad y de condenar á muerte á todo el que opusiera resistencia; y así la misión del juez no tuvo por objeto fallar sobre una acusación apoyada en pruebas, sino descubrir, perseguir ó aplicar el tormento á todo el que era cristiano ó quería salvar á un cristiano.

Aunque regida España por Constancio, halló un feroz ejecutor del edicto de proscripción en el gobernador Daciano. Fué ménos cruda la persecución en Bretaña y en la Galia. Extremadamente rigurosa en Africa, envolvió hasta á Aduato, tesorero privado del emperador. Eusebio oyó decir en Egipto que fueron separadas en un sólo día tantas cabezas del tronco, que el hacha quedó embotada, y los verdugos obligados á alternar en su vil oficio. Después de la condena de muchos cristianos, vió por sus propios ojos á otros muchos correr al tribunal confesando su fé y pidiendo á voces la muerte; luego todos entonaban cánticos de acción de gracias hasta el momento en que exhalaban el postrer aliento. La iglesia de Italia produjo abundante cosecha de mártires. En Roma el cómico Genesio, y la jóven Soteris, Pancracio, de edad de catorce años, Inés de doce, el milanés Sebastian, el sacerdote Marcelo, el exorcista Pedro; en Bolonia, Agrícola y Vital su esclavo; en Milan, Nazario, Celso, Nabor, Felix, Gervasio y Protasio; en Aquilea, Causio, Cantieno y Cantienilla, de la familia Anicia; nuevas glorias de un país, donde la gloria había consistido hasta entonces no en padecer, sino en matar.

Puestos en el tormento muchos esclavos paganos, fulminaron contra los cristianos mil iniquidades; otros resistieron á los padecimientos más atroces. Blandina, jóven esclava de

delicado cuerpo, no cesó de repetir en medio de prolongados tormentos: *Soy cristiana, y entre nosotros no se comete ningún delito.*

También fué fecundada la iglesia de Galia por la sangre de una porción de mártires, é ilustrada con prodigios. *Los servidores de Cristo residentes en Viena y en Lyon*, escribían en estos términos, á sus hermanos que profesaban la misma fé y la misma esperanza, refiriéndoles las particularidades de los suplicios. «Tan animado estaba el odio de los paganos contra nosotros, que nos echaban de las casas de los baños, de las plazas, y no sufrían generalmente que se presentara en público ninguno no nosotros. Pusieron en salvo los más débiles y se expusieron á la persecución los fuertes de ánimo. En un principio se arrojaba contra ellos el pueblo confusamente por masas, con vociferaciones y golpes, arrastrándoles, desgarrando sus vestiduras, apedreándoles, destrozándoles, haciéndoles padecer cuanto el furor puede inventar en su infame delirio. Conducidos luego á la plaza, interrogados públicamente por el tribuno y por los magistrados de la ciudad, eran encarcelados hasta la llegada del emperador. En seguida comparecían en su presencia, y como les tratara cruelmente, no pudiendo tolerar semejante conducta, Vesio Epasio, jóven de costumbres irreprehensibles y sumamente celoso, pidió que se le oyera para presentar su defensa y demostrar que no éramos impíos. Cuantos estaban en torno del Tribunal se alzaron en contra suya; en vez de acoger el gobernador su súplica le preguntó si también era cristiano; Vesio lo confesó en alta voz y fué colocado entre los mártires con el título de abogado de los cristianos. A diez les faltó fuerza para resistir por no haberse preparado de antemano al combate. Su caída no nos causó una viva aflicción y disminuyó el valor de los demás que no habiendo sido todavía presos, asistían á los cristianos por muchas penas que aquello les ocasionara. Nos infundió temores la incertidumbre en que nos hallábamos respecto de su confesión, no porque nos asustaran los tormentos, sino porque pensábamos en el fin y recelábamos que algunos de ellos pudieran permanecer constantes.»

Entre esta legión gloriosa, que por espacio de cuatro siglos renovó en sus miembros la pasión de Jesucristo, escogeremos y haremos

especial mención de algunos que se señalaron por su heroica constancia.

En el momento en que Trajano se adelantaba contra los partos hizo comparecer á su presencia á Ignacio, obispo de Antioquía, y después de haberle oído confesar francamente la divinidad de Jesucristo, le envió á Roma para ser condenado á muerte. *Gracias te sean dadas, Dios mio*, respondió el santo, y durante el viaje escribió á las diferentes iglesias, como también á sus amigos, recomendándoles que perseveraran en la fé. De todas partes acudían obispos, diáconos, fieles enviados por las iglesias para socorrerle, para pagar por él, para recibir su bendición, y era un espectáculo nuevo para el mundo el triunfo de un hombre cargado de cadenas. Cuando llegó á la capital temió que alcanzara su perdón la piedad de los fieles y les suplicó que le permitieran recoger la triunfal palma. Postrándose de hinojos con sus hermanos, rogó al Hijo de Dios por las iglesias, por el fin de la persecución, por el sostenimiento de la caridad de los fieles. Arrastrado en seguida al Anfiteatro (21 de Diciembre de 167) fué abandonado á las fieras para diversion del pueblo-rey en ocasión de las fiestas sigilarias. Aplaudían los gentiles á los leones que desgarraban sus carnes, mientras los fieles oraban por él y daban aviso de su martirio á todos sus hermanos en Jesucristo á fin de que aquel día fuera solemnizado perpétuamente.

Esto acontecía bajo el pio Trajano. En tiempo del filósofo Marco Aurelio fué martirizado Policarpo, obispo de Esmirna, á la edad de setenta años. Sabedor de que le buscaban para conducirlo á la muerte, se retiró al campo, pasando allí los días y las noches en orar por todas las iglesias del mundo. Habiendo llegado á prender los arqueros y caballeros á aquel anciano inofensivo, les hizo servir la cena y se puso á orar por todos aquellos á quienes había conocido y por la Iglesia universal tan fervorosamente que hasta se enternecieron los satélites de la tiranía. Le acomodaron sobre un asno y le llevaron á la ciudad.

Herodes, juez de paz, que le había salido al encuentro con Nicetas, su padre, le invitó á subir en su carroza, y ambos le invitaron á que cediera. *¿Qué perjuicio se origina*, le decían, *de llamar á César señor, de sacrificar y salvarse?*

Pero como persistiera en la negativa le arrojaron del carruaje y se hirió una pierna. Sin lanzar una queja les siguió á pié al anfiteatro en medio de los clamores del pueblo entero. A las reiteradas exhortaciones del procónsul respondió de este modo: *Si pensais que es para vos honroso hacerme jurar por lo que llamais fortuna de César, y si dais así testimonio de no conocerme, os diré quien soy. Me glorio de cristiano, y si quereis saber mi doctrina, concededme un sólo día y os la pondré de manifiesto.* Como el procónsul le replicara que habría de persuadir á la muchedumbre, repuso: *Consiento en hablaros, porque nuestra ley enseña á tributar á las potestades establecidas por Dios la honra que les es debida; pero no creo á esta plebe digna de que yo me disculpe delante de ella.* Y como añadiera el magistrado: *Jura por la fortuna de César y di conmigo: ¡Desaparezcan los impíos del mundo!* Policarpo dirigió sus miradas sobre la muchedumbre; levantando luego los ojos al cielo, exclamó con un suspiro: *¡Desaparezcan los impíos del mundo!* Entonces el procónsul hizo que un heraldo pregonara en el anfiteatro que Policarpo se confesaba cristiano, y la muchedumbre empezó á gritar con furiosos ahullidos: *¡Muera, muera!* Cuando estuvo preparada la hoguera, no quiso que le ataran á un madero como era costumbre: *Aquel*, dijo, *que me concede fuerzas para arrostrar el suplicio del fuego, me otorgará bastantes para sobortarlo sin auxilio de esas ligaduras.* Sin dejar de orar ni de bendecir se encontró en medio de las llamas, y como tardaran en consumirle llegaron á degollarle los que remataban en el circo las fieras heridas (*confectores*).

Al dirigir á sus hermanos de Filadelfia la narración de este suplicio, terminaban los de Esmirna en la forma siguiente: «Hemos recogido entre las cenizas sus huesos, más preciosos que las pedrerías y el oro fino; los hemos colocado en un lugar conveniente, donde el Señor nos otorgará la gracia de congregarnos para solemnizar su martirio y hacer conmemoración de todos los que han padecido, á fin de preparar á los que hayan de padecer.» De este modo se asociaba la veneración de la muerte á las esperanzas de la vida.

Acax, obispo de una iglesia de Oriente, fué llevado (250) delante de Marciano, personaje con-

sular, quien le dijo: *Vosotros, que vivís con arreglo á las leyes romanas, debéis amar á vuestros príncipes.* Y dió por respuesta: *¿Quién ama al emperador más que los cristianos? Oramos por él, por los soldados, por todo el mundo.*—*Está bien,* repuso Marciano; *pero para que vuestra adhesión sea más patente, ofreced con nosotros un sacrificio.* Negándose el obispo á sacrificar ante un hombre, empezaron á discutir sobre la divinidad, y Acax entró en el detalle de las fechorías de Apolo, añadiendo: *Aunque me fuera en ello la vida. ¿Os parece que debo adorar á aquellos á quienes no me cumple imitar, á aquellos cuyos imitadores serían castigados por vos mismo.*—*Hé aquí,* replicó Marciano, *cómo los cristianos inventan calumnias contra nuestros dioses. ¿Esa es vuestra costumbre! Sacrifica ó muere.* Acax dijo entonces: *Eso mismo dicen los bandoleros de Dalmacia, la bolsa ó la vida. No se trata de averiguar quien tiene la razón, sino á quien asiste la fuerza.* Transmitida fué al emperador punto por punto aquella discusión que duró largo tiempo. Décio se rió de ella con toda su alma; ordenó que se restituyera la libertad á Acax y confirió un gobierno á Marciano.

Hipólito, sacerdote romano, había adoptado la herejía de Novato; pero cuando se le condujo al suplicio no cesó de repetir al pueblo que se agolpaba á su tránsito: *Tornad á la fé católica.* Tan luego como el gobernador de Ostia, que había mandado ya dar muerte á una multitud de aquellos creyentes obstinados, oyó el nombre de sacerdote, ordenó que le ataran, á semejanza del Hipólito de la fábula, á dos corceles indomados que le descuartizaron horrorosamente.

Sapricio, sacerdote, y Nicéforo, lego, ambos de Antioquia, de amigos que eran habían llegado á aborrecerse de tal modo que evitaban encontrarse en la calle. Pareciendo á Nicéforo que aquella hostilidad no convenia entre cristianos, envió muchas personas cerca de Sapricio para reconciliarse con él; no consiguiendo así su designio, fué en persona y siempre en vano. En esto estalló la persecucion, y Sapricio, confesando ser cristiano, fué condenado á muerte. Nicéforo le siguió durante toda la travesía, rogándole que se doblegara á una reconciliación sincera, mientras le escarneaban

los verdugos oyéndole implorar perdon á un hombre á quien conducian al suplicio. Sapricio no le contestaba y permanecía inalterable. Aquel hombre, que carecia de caridad, careció tambien de constancia; al llegar al pié del caldoso declaró que estaba pronto á sacrificar á los dioses. Nicéforo hizo cuanto estuvo de su parte á fin de que renunciara á tan mal pensamiento y para que no rehusara la corona que le esperaba. Estériles fueron sus esfuerzos, por lo cual se confesó cristiano y dispuesto á padecer la muerte. El magistrado le concedió lo que pedia.

Cuando terminó Adriano su espléndida morada de Tibur quiso inaugurarla con pomposos sacrificios; pero las víctimas, los auspicios, los augurios no ofrecian ningun resultado, ó si lo ofrecian era siniestro. Consultados los dioses con auxilio de las evocaciones más poderosas, respondieron: *«¿Cómo hemos de dar oráculos cuando cotidianamente nos ultraja, invocando á su Dios, Sinforosa con sus siete hijos?»* Hízola comparecer el emperador á su presencia, y preguntándola quién era, le dijo: *Mi marido Getulio y su hermano Amamio, tribunos militares, padecieron ambos por Jesucristo, y por no sacrificar á los dioses se sometieron á que les cortaran la cabeza, adquiriendo así el oprobio en la tierra y la gloria entre los ángeles.* Insinuándola Adriano que optara entre sacrificar á los dioses á ser sacrificada á ellos, no vaciló un sólo punto, suspirando por el instante de unirse nuevamente á su esposo. Mandó, pues, el emperador que la condujeran al templo de Hércules, donde fué abofeteada, colgada por los cabellos, sin desmentir su firmeza; entonces ordenó que fuera despeñada desde aquellas cascadas celebradas por los voluptuosos cantos de Horacio. Sus hijos imitaron su constancia.

Cuando Sinforiano fué conducido en Autun al martirio, le gritaba su madre desde los baluartes: *Hijo mio, levanta tu corazón al cielo; no te arrancan la vida; por otra mejor vas á trocarla.* Felicidad, matrona de ilustre nacimiento, exhortó tambien á una muerte valerosa á sus siete hijos, asistiendo á su suplicio para seguirlos bien pronto al cielo.

Durante la persecucion de Diocleciano se vió á un niño de edad de siete años, llamado Barulas, confesar á un solo Dios y negarse á

adorar á otros; y el juez mandó que le azotaran hasta hacer saltar la sangre en presencia de su madre, que intrépida, á la par que los asistentes derramaban copioso llanto, le exhortaba á la constancia. Cuando oyó que le condenaban á muerte, le llevó ella misma al lugar del suplicio y le puso en manos del verdugo, despues de haberle abrazado y de recomendarse á sus oraciones; luego extendió sus vestidos para recoger su sangre y su cabeza que se llevó consigo.

Orillo, mancebo de Cesárea, tenía siempre en la boca el nombre de Jesús, lo cual fué causa de que muchos adolescentes de su edad le cobraran odio, y de que su padre le echara de su casa, dejándole en el mayor desamparo. Hizo el juez que se le presentara y puso en planta las caricias y las amenazas, sin sacar en limpio más que estas expresiones: *Me regocijan las convenciones, porque Dios me alabará; expulsado de mi casa, tengo otra mejor.* Sabedor el juez de que la vista de la hoguera no le había asustado, le envió al suplicio, que padeció intrépidamente.

Cuéntase que en tiempo de Diocleciano sufrió el martirio toda la legion Tebea en el Valais, enfrente de la magnífica casa de Pissevache. «Somos vuestros soldados, decian; de vos recibimos el sueldo; pero recibimos de Dios la vida y debemos conservar la inocencia. ¿Queréis que esgrimamos nuestra espada contra el enemigo? Lo haremos de buen grado, mas no así contra los inocentes. Tenemos las armas en la mano, y sin embargo no os oponemos resistencia alguna, prefiriendo morir sin tacha á vivir perjuros.»

En Sebaste, durante la persecucion de Licino, habiéndose declarado generosamente cristianos cuarenta soldados de diferentes países, por un refinamiento de nueva crueldad, fueron expuestos por espacio de una noche entera y en medio de un crudo invierno, en un baño helado, mientras que un baño tibio les convidaba á buscar alivio á su padecimiento. Uno solo corrió en pos de aquel consuelo, faltó ya de resistencia; todos los demas se exhortaban reciprocamente como en un dia de batalla. A la mañana siguiente, por una transición súbita fueron arrojados á las llamas. De intento habían olvidado los verdugos á uno con la es-

peranza de que abjuraria; pero su madre le empujó á la hoguera, diciendo: *Vé y termina con tus hermanos la obra que tan bien has comenzado, á fin de que no te presentes el último delante de Dios.*

Como el juez echase en cara á Afra su antigua ignominia de cortesana, ella le respondió que había distribuido á los pobres el dinero mal ganado; confesaba, no obstante, que le había costado mucho hacerles admitir aquel precio de su infamia. Ya comprendia, segun su dicho, que Jesucristo había venido para llamar á sí á los pecadores, puesto que la permitia poder confesar su santo nombre en presencia de la muerte, y pedir misericordia por sus culpas.

Potamiana, esclava egipcia de singular hermosura, fué denunciada como cristiana por su amo, á cuyas deshonestas obsesiones había resistido. No se sonrojó el prefecto Aquila de descender con ella á la mediación más innoble, estrechándola á que cediera; y al oír su negativa la condenó á ser sumergida en una caldera de pez hirviendo, despues de haber sido violada por el verdugo. Ella le suplicó que le ahorrara este último suplicio. *Por la vida del emperador, gritaba, os ruego, os conjuro á que no me hagais despojar de mis vestidos y presentarme desnuda; sino que me sumerjan poco á poco en la caldera cubierta con mi traje.* Todos su ruegos fueron infructuosos (303).

Siete vírgenes de Ancira, respetables por su santidad y por sus años, fueron condenadas á ser ahogadas y expuestas antes á los insultos de una turba de libertinos; pero alzándose el velo Tecusa, la mayor de ellas, y enseñando sus cabellos blancos al que pretendia ultrajarla, dijo: *Acaso tengas una madre con la cabeza cana como la mía. Déjanos con nuestras lágrimas, y reserva para ti la esperanza del perdon que te concederá Jesucristo.*

Aglæ era una dama romana tan opulenta, que había dado espectáculos públicos tres veces á su costa. Sesenta y tres agentes administraban sus rentas, y tenía por mayordomo general á Bonifacio, y vivia con ella en el pecado; hombre aquel de costumbres relajadas, aunque hospitalario y generoso con los pobres. Descontenta Aglæ de su vida deshonesta, encargó á su amigo que fuera á Oriente y le trajera reliquias de los mártires, á fin de que pudiera honrarlos

y obtener por su meditacion el perdon de sus culpas. Púsose, pues, en camino con doce caballos, tres literas y muchos perfumes, y en el camino empezó á pensar seriamente en una comision que habia admitido como por broma. Ante todo se dedicó á ayunar y hacer abstinencia. Al llegar á Tarsos fué testigo del martirio de muchos cristianos, y conmovido por su firmeza se puso á abrazarlos y á pedir que le tuvieran presente en sus oraciones. Hizo el gobernador que le prendieran y entregaren á los tormentos más crueles, que soportó con ejemplar paciencia en expiacion de los desórdenes pasados. Sabedora Aglae del martiro de aquel á quien habia amado, rescató su cadáver á enorme precio, y abjurando de sus errores, distribuyó á los pobres su hacienda, dió libertad á sus esclavos, y se retiró del mundo con un corto número de personas.

En Cartago, Perpetua y Felicidad se hicieron célebres por su santo heroismo (367). Hija la primera de una noble familia, de edad de veintidos años, y con un niño de pecho, vivia en compañía de sus padres y de dos hermanos; era la segunda esclava, y estaba á punto de ser madre. Solicito pagano el padre de Perpetua, la apremiaba á fin de que sacrificara á los dioses. «Habiendo permanecido algun tiempo (dice ella al narrar su martirio) sin ver á mi padre di gracias al Señor por aquel beneficio, y su ausencia me permitió cobrar aliento. En el trascurso de estos pocos días fuimos bautizadas, y al salir del agua imploré la paciencia en las penas corporales. Al poco tiempo fuimos encarceladas, lo cual me llenó de susto, por no haber visto jamás tales tinieblas. ¡Qué horribles horas! ¡Qué calor producía el hacinamiento de tanta gente! Nos maltrataban los soldados. Yo me sentía devorada de inquietud por mi hijo; entonces los diáconos Tercio y Pomponio, que nos asistian, obtuvieron á costa de dinero que nos permitieran respirar algunos instantes. Salimos y cada cual pensaba en sí propio. Yo di de mamar á mi hijo, se le recomendé á mi madre y consolé á mi hermano; pero me desgarró el corazon ver cuanta pesadumbre le ocasionaba, y pase muchos dias sobre cruz semejante....»

»Habiendo cundido el rumor de que íbamos á ser interrogados vino mi padre desde la ciu-

dad á la cárcel, y me dijo sumamente aflijido: *¡Hija mía; ten lástima de mis canas! ¡Compadecete á tu padre! Si merezco este nombre, si te he educado hasta la edad que tienes, si has sido la preferida entre todos mis hijos, no me cubras de oprobio. Piensa en tu madre, piensa en el hijo que sustentas que no podrá sobrevivirte. Renuncia á esa obstinacion para no causar la pérdida de todos, pues ninguno de nosotros osará ya erguir la frente si te acontece una desgracia.*

»Así me habló con enternecimiento, besándome las manos, arrojándose á mis plantas, llorando, y llamándose, no ya su hija, sino su señora. Yo estaba conmovida de compasion viendo que entre toda la familia él seria el único que no se regocijara de mi martirio, y para consolarle, le dije: *Será lo que Dios quiera, pues no estamos en nuestro poder, sino el suyo.* Retiróse al fin contristado. Al dia siguiente á la hora de comer vinieron á llamarnos para el interrogatorio; inmediatamente se divulgó la noticia por los vecinos barrios, y atrajo un tropel de gentes. Subimos al tribunal... El procurador Flavio me dijo: *Piensa en la ancianidad de tu padre, en la debilidad de tu hijo; sacrifica por la prosperidad de los emperadores.* —*No haré tal.* respondo:—Y él *¿Eres cristiana?* —*Soy cristiana,* repuse. Como se esforzara mi padre por arrancarme del tribunal, mandó Flavio que fuerá expulsado, y le dieron un latigazo que sentí cual si yo misma le hubiera recibido; tanto me afligia ver maltratado á mi anciano padre. Entonces Flavio pronunció la sentencia mandando que se nos expusiera á las fieras. Tornamos alegres á nuestro calabozo, é inmediatamente envié al diácono Pomponio á casa de mi padre en busca de mi hijo, que estaba acostumbrado á permanecer á mi lado y á tomar mi leche. Mas no pude lograrlo, y quiso Dios que mi hijo no buscara mi seno y que la leche no le mortificara.»

Tambien ha descrito su fin la piedad de los que sobrevivieron á su suplicio: «Felicidad se hallaba en el octavo mes de su preñez, y viendo aproximarse el dia del espectáculo, vivia con la zozobra de que se dilatara su martirio, porque la ley vedaba matar á las mujeres en cinta. Afligianse por su parte los compañeros de su sacrificio de dejarla sola en el camino de sus comunes esperanzas. Reuniéronse, pues,

todos para orar y gemir juntos tres dias antes del espectáculo. Apenas se habia terminado la oracion, sintió agudos dolores, y siendo el parto en el octavo mes naturalmente más penoso, padeció en extremo, y lloraba. Por eso uno de los carceleros, dijo: *Si te lamentas ahora ¿qué harás cuando te expongan á las fieras?* Dió á luz una niña, que ha criado una cristiana cual si fuera suya propia. Los hermanos y todos los demas obtuvieron permiso de entrar en la prision para alentarse mutuamente. Ya se habia convertido el carcelero. Segun costumbre se les sirvió el *banquete libre, que se hacia en público;* pero los mártires le convirtieron en una agapa, y hablaban al pueblo con la libertad acostumbrada, diciéndole: *Miradnos bien de frente para que nos reconozcáis el dia del juicio.*

»Llegada la hora de la lucha salieron los mártires de la cárcel con direccion al anfiteatro como para el cielo, contentos y más conmovidos de alegría que de espanto. Perpetua les seguia con sereno rostro y tranquilo el paso, como una persona perteneciente á Jesucristo, y bajos los ojos para ocultar su brillo á los espectadores. Felicidad iba satisfecha de encontrarse en aptitud de poder hacer frente á las fieras. Al llegar á la puerta se les queria obligar á que tomaran los ornamentos de los que figuran en espéctáculos semejantes; á los hombres el manto rojo de los sacerdotes de Saturno, á las mujeres las cintas que llevan en la cabeza las sacerdotisas de Céres; pero los mártires rehusaron las libreas de la idolatría.

»Cuando Perpetua y Felicidad fueron despojadas de sus vestidos y envueltas en redes para ser expuestas á una ternera furiosa, se estremeció el pueblo horrorizado, viendo á la una tan delicada, y á la otra aun no restablecida del parto; se las retiró, pues, de aquel sitio cubriéndolas con anchas vestiduras. Embestida Perpetua la primera cayó de espaldas, y al ver su ropaje desgarrado por un lado, tiró del pedazo para cubrir su muslo, ocupándose más de su pudor que de su padecimiento. Recogió los cabellos que caian flotantes, para no aparecer como de luto, y viendo á Felicidad tendida, la alargó la mano para ayudarla á que se levantase. En seguida fueron hácia la puerta Sana-Vivaria, donde fué recogida Perpetua por un catecúmeno llamado Rústico. Entonces

cual si despertara de un profundo sueño empezó á mirar en torno suyo, diciendo: *¡Y bien! ¿cuándo nos exponen á esa ternera?* Y luego que supo lo que habia pasado, no quiso creerlo hasta que reparó en su cuerpo y en su traje, rastro de lo que habia padecido.

»Habiéndose acercado á ella su hermano, le dijo, como tambien á Rústico: *Perseverad en la fé, amaos unos á otros, y no os escandaliceis de nuestros padecimientos.* Tornó á pedir el pueblo que se presentaran en el anfiteatro, donde se encaminaron por su propio pié las dos mártires despues de haberse dado el ósculo de paz. Perpetua tocó en suerte á un gladiador inexperto, quien la pinchó entre los huesos, obligándola á lanzar un grito, porque los suplicios de los pacientes casi muertos eran el noviciado de los gladiadores. Al fin ella misma dirigió á su garganta el brazo mal seguro de su verdugo.»

Con tal heroismo aseguraban la emancipacion de la mujer aquellas víctimas generosas, y redimian su sexo de una esclavitud vergonzosa, elevándole á la santa dignidad de la mujer cristiana.

En las últimas persecuciones se habia aumentado de tal manera el número de cristianos, que obligaba á algunos miramientos; á menudo se encarnizaban contra el obispo, sin originar á su grey ninguna molestia. Cecilio Cipriano, obispo de Cartago, se habia sustraído por largo tiempo á las persecuciones de que le hacia blanco su celo, ora ocultándose, ora huyendo, lo cual le valió reconveniones de la iglesia de Roma. Pero cuando el cónsul Paterno le intimó la orden imperial, obligando á los que habian abandonado la religion antigua á volver á ella y á practicarla, Cipriano no titubeó en desobedecer este mandato, alegando, no obstante, su título de ciudadano romano, y protestando de su adhesion á los emperadores. Fué, pues, desterrado, llamado otra vez y condenado por último á muerte. Dos oficiales llegaron á prenderle en su carro, y habiéndole conducido á casa de uno de ellos, le custodiaron para cenar en una mesa bien servida, permitiendo que vieran á platicar con él muchos de sus amigos, mientras á la parte de afuera llenaba la calle una multitud de fieles. Cuando fué pronunciada la sentencia gritaron todos: *Moriremos en*

su *compañía*; luego al ser conducidos al suplicio le siguieron sus diáconos y sus presbíteros ayudándole á despojarse de sus vestiduras. Tendieron por el suelo pedazos de tela para recoger su sangre, y cuando fué degollado dieron al verdugo veinticinco monedas de oro, á fin de cumplir la última voluntad del santo. Su cadáver fué llevado por ellos en triunfo al cementerio cristiano.

Modificáronse los edictos de Diocleciano en tiempo de sus sucesores, segun el carácter de cada uno de ellos. Los suavizó Constancio, aumentaron su rigor Maximiano, Galerio y Maximino. Maxencio concedió al Africa algun reposo, quizá por hacerse adicto un partido de cuya fuerza daba testimonio la persecucion de que era objeto. Durante su reinado vemos á Marcelo, obispo de Roma, imponer severas penitencias á los que habian sucumbido en la persecucion precedente; rigor que excitó muchas disensiones, de las cuales resultó que el emperador le envió á destierro. Mensurio, obispo de Cartago, dió asilo en su casa á un diácono que habia escrito contra el emperador, y rehusó entregarle. Llamado á Roma para dar cuenta de su conducta, fué allí absuelto.

Galerio acreditó mucha más severidad en la Iliria, en la Tracia y en el Asia, así como en Siria, Palestina y Egipto. Y hasta cuando otorgó descanso á la iglesia, Maximino, que administraba en su tiempo, continuó por crueldad y por supersticion la matanza de los cristianos, y procuró dar al paganismo lo que le faltaba, una constitucion modelada con arreglo á la de la Iglesia. Despues de haber reparado y adornado los templos de las principales ciudades, subordinó los sacerdotes de las diferentes divinidades á pontífices encargados de excitar y de producir la idolatría; éstos, á semejanza de los obispos que dependian de los metropolitanos, estuvieron bajo la vigilancia de grandes sacerdotes, que vestidos de blanco y escogidos entre las principales familias, obraban como vicarios inmediatos del emperador. Hizo además que le exhortaran todas las ciudades á seguir más bien la justicia que la clemencia respecto de los cristianos generalmente aborrecidos; y confió la ejecucion de sus edictos á los magistrados y á los sacerdotes, que no sólo los expulsaron, sino que los sujetaron á mil tormentos y

áun á la muerte. Acaso pretendia por este medio granjearse la voluntad de la fraccion pagana; pero como Galerio se aproximaba á su fin no quiso tener por enemigos suyos á todos los cristianos y aflojó en las persecuciones. Por eso en el año de 310 vemos gozar á Siria de tan gran sosiego que se reedificaban allí iglesias.

No se declaraba, pues, la guerra á los cristianos por sentimiento religioso, ni se les concedia la paz por esa razon tampoco, sino por política; se trataba de aniquilar ó de dar realce á una fraccion ya poderosa para mantener en suspension la fortuna del imperio.

CAPITULO XIX

Apologías y controversias.

Algo existe sin duda más penoso para los propagadores de la verdad que las persecuciones y la muerte, y es la calumnia ó la indiferencia, y ambas sometieron á duras pruebas la paciencia de los primeros cristianos. Juvenal describe uno de sus suplicios con la indolencia del libre pensador que ve dar muerte á fanáticos. Tácito dice, por ignorancia ó por malignidad, que los cristianos formaban una secta odiosa entre las que infestaban á Roma, cloaca de todas las inmundicias. Plinio el Joven no puede creerlos delincuentes, y sin embargo los castiga. Plinio el Viejo, Plutarco, Séneca, Quintiliano, ni siquiera hacen mencion de ellos; tampoco los nombra Dion Casio en su larga historia. Pocas líneas les consagra la *Historia Augusta*, tambien muy extensa. Luciano se burla de ellos absurdamente. Todos los doctos acusan á los predicadores del Evangelio de dirigirse á las mujeres, á los niños, á los esclavos, y de evitar habérselas con gentes ilustradas. «En las casas particulares, dice Celso, se ve á hombres incultos, á toscos obreros, permanecer mudos ante los ancianos y padres de familia. Pero si encuentran niños ó mujeres peroran, dándoles á entender que no se debe prestar oído á padres ni á pedagogos, que dicen despropósitos, y son incapaces de imbuir el conocimiento de la verdad y áun de apreciarla. Alientan á los niños á sacudir el yugo y á acudir, ora al gineceo, ora á la tienda de un lavadero, ora

á la de un zapatero para aprender allí lo que es perfecto.

Complacíanse en ridiculizarles de este modo; mas no deja de ascender el sol á la esfera, porque plazca á algunos cerrar á la luz sus ojos. En balde se queria sofocar ó escarnecer la palabra, pues no por eso dejaba de resonar en todas partes; penetraba en la escuela, era sostenida en escritos notables por su argumentacion apremiante; de tal manera, que no fué lícito á las gentes ilustradas descuidar la nueva doctrina que provocaba el exámen y reclamaba justicia.

Ya es poderosa una opinion cuando el partido que puede oprimirla con la fuerza se siente arrastrado á combatirla con razones. Una vez trasladada la cuestion al terreno del debate, pudieron los cristianos admitir el reto, y á la par que los mártires atestiguan la verdad con su sangre, la defendieron los apologistas con su talento.

Fué presentada la primera apología por el filósofo Aristides Quadrato, obispo de Atenas, al emperador Adriano, cuando se hallaba en aquella ciudad para ser iniciado en los misterios de Eleusis. Serenio Graniano, prócansul de Asia, se habia dirigido antes á este príncipe á fin de hacerle presente cuán poco conveniente era otorgar á las vociferaciones del vulgo la sangre de tantos inocentes que sólo eran culpables de nombre. Háblale respondió el emperador que no debia dejar sin exámen aquella clase de procesos, pues de otro modo se daria lugar á desórdenes; si bien tampoco se habia de prestar oído á quejas confusas ni á vagos rumores, sino á hacer justicia siempre que se acusara á los cristianos de quebrantar las leyes; además ordenaba castigar á los calumniadores. Así no suspendia la persecucion, pero aflojaba en ella. Marco Aurelio comunicó instrucciones en igual sentido, determinándole quizá á ello las representaciones de dos obispos, Melitenes de Sarda y Apolinario de Gerápolis.

Despues de haber estudiado en todas las escuelas de filosofía sin encontrar la verdad en ellas, Justino de Sichem en Samaria (103-167), abandonó la idolatría por el cristianismo; dirigiéndose á Adriano, á Vero y á Lucio, al Senado y al pueblo romano en una apología, se queja de que sólo los cristianos sean persegui-

dos cuando se toleran tantas absurdas religiones y tantos impostores; de que se les acuse de no seguir los ritos de los gentiles cuando éstos mismos no concuerdan y disputan á fin de averiguar cuál será la víctima y cuál el dios entre los animales.

Aunque el secreto de las asambleas no se revelaba á los profanos, Justino expone á los emperadores la forma del bautismo y de la eucaristía; explica lo que piensan los cristianos en las cosas celestes. El reinado que aguardan, dice, no es de este mundo, porque entonces habrian menester alcanzarle en esta vida; y al revés, van alegres á la muerte que acelera el reinado de Dios. A fin de tocar á este término de sus deseos, se abstienen del mal y hacen beneficios; entre ellos el hombre guarda una continencia, ó si se casa no cree que le sea lícito exponer sus hijos como lo hacen comunmente los gentiles con la aprobacion de los filósofos y la tolerancia de los príncipes: «Creemos que sólo los hombres perversos abandonan á sus hijos, ante todo porque observamos que la mayor parte no los educan más que para prostituirlos, pues en todas las naciones se ven millares de niños destinados á malos usos, y que se les cria como á otros tantos rebaños. Sacan de esto un tributo en vez de extirparlo en el imperio, y los que abusan de aquellos infelices, además de cometer un pecado, pueden ser conducidos casualmente á abusar de sus propios hijos.»

Tales eran las costumbres de los romanos bajo uno de sus más sábios emperadores, y sin embargo, no lo revela todo San Justino. Continuaba de este modo: «Por miedo de que perezca un niño expósito y para no ser homicidas, no nos casamos sino cuando está á nuestro alcance criar á nuestros hijos; y cuando renunciamos al matrimonio guardamos una continencia perfecta. Además, para que veais que no hay en nuestros misterios las iniquidades que se nos han atribuido, uno de los nuestros en Alejandria presentó una súplica al gobernador Félix para que permitiera á un cirujano hacerle eunuco, diciendo ser necesario este permiso. Félix no quiso proveer sobre esta demanda, y el jóven que se la habia dirigido quedó satisfecho en su conciencia.»

Por último, como convenia justificar á los cristianos en lo relativo á sus asambleas y ce-